

AN CIA

REVISTA DE LA FUNDACIÓN BLAS DE OTERO

BILBAO, 2014

AÑO V

Nº 7

TEXTO
INÉDITO DE
BLAS DE OTERO



Nº 7

BO

Blas de Otero

fundazioa fundación

AN CIA

REVISTA DE LA FUNDACIÓN BLAS DE OTERO

BILBAO, 2014

AÑO V

Nº 7

MAQUETACIÓN

Binari Comunicación

COORDINACIÓN

Ibon Arbaiza

EDITA

Fundación Blas de Otero

C/ Barrainkua 5

48009 Bilbao

REDACCIÓN Y SUSCRIPCIONES

Mail: secretaria@fundacionblasdeotero.com

Tfno: 671 392 127

DEPÓSITO LEGAL

Bi - 938 - 04

ISSN

1698-3211

IMAGEN DE PORTADA

Archivo Fotográfico de la Fundación Blas de Otero

ÍNDICE

ENTRE PAPELES:

BLAS DE OTERO:

Adolfo Celdrán página 6

LA POESÍA DE BLAS DE OTERO EN EL PERÚ:

Arturo Corcuera página 8

POEMAS:

Arturo Corcuera página 12

BLAS DE OTERO: ENCUENTROS EN SANTANDER:

José Fernández de la Sota página 14

PIDO LA PAZ Y LA PALABRA:

Ibon Arbaiza página 18

ESCRIBIENDO EN DIÁGONAL

SOBRE MATERIA PREDILECTA, de MIGUEL SÁNCHEZ ROBLES (XXIV PREMIO DE POESÍA «BLAS DE OTERO»)

José Luis Morales página 21

EL BOLETÍN página 26

ANCIA funciona como boletín informativo de la Fundación Blas de Otero (editando los materiales escritos y gráficos que generan sus propias actividades y las ajenas con las que establezca contacto) y como publicación periódica de literatura, con un espacio reservado a la creación del propio poeta, tanto editada como inédita, y a traducciones de su obra; y no solo de textos oterianos, sino los de otros poetas en cualquier lengua, siempre que sean inéditos.

Esta publicación pretende ser, al calor de los versos de Blas de Otero, también lugar de encuentro y reflexión entre autores y lenguas, ciudades y paisajes diferentes. Un cruce de caminos y palabras que nos ayuden a ganar esa paz por la que nuestro poeta empeñó su existencia.

ENTRE PAPELES



BLAS DE OTERO¹

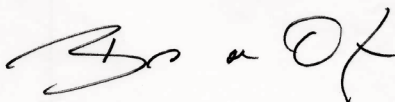
ADOLFO CELDRÁN

Conocí a Blas de Otero y a Sabina de la Cruz en 1976, en el *Homenaje de los Pueblos de España a Miguel Hernández*. Blas me contó que, de mis canciones, su favorita era la adaptación musical del poema de Miguel «Antes del odio»: «Beso soy, sombra con sombra...». Fueron unos días hermosos de poesía y libertad que compartimos. En el 77 Blas lo contaba en la presentación del programa que Televisión Española me dedicó dentro de la serie *Yo canto*:

LO QUE CANTA ADOLFO CELDRÁN

ESCRIBO ESTAS LINEAS BAJO UN FUERTE DOLOR REUMATICO, LO DIGO PARA JUSTIFICAR SU BREVEDAD Y, TAL VEZ, LA CARENCIA DEL IMPETU Y FRESCOR QUE DEBIERAN TENER. EL PRIMER POEMA DE CELDRAN QUE ESCUHE FUE EL DE MIGUEL HERNANDEZ QUE LLEVA EL RITORNELLO “SOLO POR AMOR”. ME HIZO UNA GRAN IMPRESION Y AUN HOY, DESPUES DE HABER OIDO TODOS SUS DISCOS, SIGUE SIENDO MI CANCION PREFERIDA. ESCUCHE A ADOLFO EN PERSONA EN EL HOMENAJE QUE LA UNIVERSIDAD DE MADRID RINDIO A MIGUEL HERANDEZ Y PUDE COMPROBAR EL IMPACTO QUE CAUSABAN SUS CANTACIONES. LUEGO LE ACOMPAÑE POR ALICANTE, PROHIBIDO Y VAPULEADO UNA Y OTRA VEZ POR LA GUARDIA CIVIL, CON EL VISITE A JOSEFINA Y PASAMOS JUNTO A ELLÁ MOMENTOS INOLVIDABLES.

Madrid, junio 1977



Dos años después, en el 79, Blas moría. Y Madrid, y España, prepararon su homenaje. El 19 de julio de ese año cuarenta mil personas llenaban la plaza de toros de las Ventas en un impresionante homenaje. Allí, rodeado de poetas y

¹ Palabras leídas en la Presentación de la Obra completa de Blas de Otero el 8 de noviembre de 2013 en la Sede de la Universidad de Alicante, dentro de los actos organizados por el Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti (Facultad de Filosofía y Letras U. A.), Comisión Cívica de Alicante para la Recuperación de la Memoria Histórica y Asociación Literaria Auca de las Letras, con la colaboración de la citada Sede, situada en la misma ciudad de Alicante, Ramón y Cajal, 4. Tras la sesión de la mañana en el Centro Mario Benedetti, tuvo lugar un segundo acto de presentación con la intervención de Manuel Parra Pozuelo, Mario Hernández y Adolfo Celdrán en la Sede de la Universidad. Las palabras de Blas de Otero, inéditas, fueron leídas en este momento, dentro del homenaje de Celdrán, que ha cedido amablemente su texto y original oteriano para su reproducción en Anicia. (Nota de M. H.)

cantantes, canté su poema «A la inmensa mayoría», una declaración de últimas voluntades, un texto hecho para ese momento. Y también canté, a petición de los organizadores y de Sabina de la Cruz, «Antes del odio», el poema de Miguel que tanto le gustaba a Blas. Fue una noche inolvidable para cada uno de los cuarenta mil asistentes.

En 2003 la Universidad de Valladolid prepara, para el IV Congreso Internacional de la Lengua, un cedé en el que 20 cantantes cantamos a 20 poetas. Se titula *Poesía necesaria con su música*. Se me pide que sea yo el que ponga música y voz a Blas. Y escojo y grabo ese poema que canté en las Ventas.

El disco comienza con Paco Ibáñez, que canta el poema de Celaya «La poesía es un arma cargada de futuro», y se cierra con Blas, cantado por mí. Entre los dos están Miguel Hernández, los Machado, Salinas, Lorca, Alberti, Hierro, Juan Ramón, Cernuda, etc., cantados por Serrat, María Dolores Pradera, Amancio Prada, Rosa León, Alberto Cortés, Ismael Serrano, Joaquín Díaz, etc.

El congreso será en noviembre, pero la presentación del cedé, producido por la Universidad, la Diputación de Valladolid y la Junta de Castilla y León, se adelanta precipitadamente al 18 de marzo. ¿Razones? «Organizativas», decían. Al día siguiente, 19, era fiesta. Lo sabíamos. Lo que no sabíamos, y ellos sí, es que al otro, era guerra. El 20 de marzo de 2003 comienza la guerra de Irak. Y este poema y esta canción parecían hechos especialmente contra ella. Contra todas las guerras. Es lo que pasa con los grandes poetas: trascienden su tiempo.

Recitaré, primero, el poema, y luego oiréis su grabación musicada. Gracias.

Alicante, 8 de noviembre de 2013.

ADOLFO CELDRÁN



Adolfo Celdrán con Josefina Manresa viuda de Miguel Hernández

LA POESÍA DE BLAS DE OTERO EN EL PERÚ

ARTURO CORCUERA

Fue Alejandro Romualdo quien difundió, por primera vez en Lima, la poesía de Blas de Otero. Lo hizo a su regreso de España. Lo había conocido en Salamanca, donde establecieron amistad y descubrieron que los unían algunas afinidades en el ámbito poético y político y hasta el ingenio del humor en la conversación. Participaban juntos en un evento literario en Salamanca. Allí le presentó a Dámaso Alonso. Después en Madrid lo llevó a la casa de Vicente Aleixandre.

[Fue] a mediados de 1953, poco antes de regresarnos al Perú, lo conocí —cuenta Romualdo—. Se presentó una noche y se acercó a nuestra mesa de la plaza Mayor de Salamanca, en donde estábamos reunidos Jorge Puccinelli (fallecido hace poco), Elsa Villanueva, Julio Ramón Ribeyro y los poetas Leopoldo Chariarse y Enrique Peña. Sabía que éramos peruanos, y la poesía y el Perú eran para él César Vallejo. Sobre este puente se extendió nuestra amistad. La poesía entró a tallar, sus pedernales soltaron chispas de ingenio, juegos de palabras peligrosas, intercambiamos nuestros poemas y recitamos hasta el amanecer. A pesar de su hosquedad, Blas poseía un extraordinario sentido del humor corrosivo, una ironía finísima y explosiva. Yo no sabía que este vasco, tercamente cerrado, aquella noche se había abierto cordialmente para nosotros. Más tarde supe que esto era inusual en él.

Hay una foto donde posan Blas, Julio Ramón Ribeyro y Alejandro Romualdo, detrás de un alambrado, aludiendo a la España de entonces. En una ocasión, en la revista brasileña *O CRUZEIRO* declaró que Alejandro Romualdo era el mejor poeta hispanoamericano. Por otro lado, en Lima, la revista *Letras Peruanas*, dirigida por Jorge Puccinelli, y que congregaba en sus páginas a los mejores representantes de la generación del cincuenta, dio a conocer varios poemas de Blas que integraban su libro *Pido la paz y la palabra* (1955), libro que empezó, más tarde, a circular internacionalmente mediante la *Colección Contemporáneos* de la Editorial Losada bajo el título *Con la inmensa mayoría* (1960) y que causó revuelo en el Perú, sobre todo entre los jóvenes poetas sanmarquinos que con entusiasmo empezamos a interesarnos por su poesía y a contagiarnos de su rebeldía. Nos prestábamos sus libros. Pasábamos horas leyéndolo y comentándolo. Reforzamos nuestra preocupación por el contenido, por la claridad, por trabajar con rigor el soneto, lecciones que también habíamos recibido a través del libro *Poesía concreta* de Alejandro Romualdo. Aunque éramos también, simultáneamente, buenos lectores de Juan Ramón Jiménez, no iba con nosotros eso de escribir para la inmensa minoría. Nos inclinábamos (Calvo, Naranjo, Razetto, Pedro Morote), sin dudarle un instante, por la inmensa mayoría, el postulado de Blas de Otero.

Conforme conocíamos más de su producción se fue acentuando nuestra admiración y hasta llegó a influir saludablemente en alguno de nosotros. No solo literariamente, sino también en el compromiso político. Ahí está mi libro *Poesía de clase*, en el que se advierte mis lecturas de Blas y en el que inserté dos citas: una de él y otra de Bertolt Brecht, haciendo evidente la huella de los dos en los albores de mi poesía insurgente y contestataria. Eran los años sesenta, del auge de la poesía social.

Cuando viajé a España, Romualdo me dio una carta para Blas que debería depositar en el correo de Madrid. Quise entregársela personalmente y tomé un tren impulsado por el interés de conocerlo. En el trayecto escribí:

En el tren a Bilbao

(leyendo a Otero y a Celaya)

Verso de casta embistiendo,
 toro suelto es el de Blas
 de Otero,
 bramando en castellano,
 pidiendo la paz,
 y la palabra.
 Verso redondo y recto,
 lustroso y sustancioso,
 como suele crecer el limonero
 en patios de Sevilla.
 Berceo, Otero, Celaya...
 De tal árbol, tal semilla
 parla en su lengua el refrán,
 diaria poesía buena
 como un chato de bon vino
 o una barra de pan.
 Corre el verso de Celaya
 agua cálida, agua clara,
 a la boca del sediento,
 a veces se pone brava,
 rompe rejas, rompe yugos.
 Y como el verso de Otero,
 el tren es un toro bravo
 corre por la noche fría
 escapado del establo,
 la media luna le clava
 en pleno lomo su cuerno
 al viento del Guadarrama
 que embiste también y brama
 como el tren,
 y como el toro
 y como España,
 libre en los versos de Otero
 y en los de Gabriel Celaya.

Esa fue mi primera expresión poética en tierras de Castilla. En la casa de Blas me recibió su madre y me informó que el poeta se encontraba viviendo en Cuba. Dejé la misiva y volví a Madrid con el poema que iba corrigiendo en el viaje, el mismo que en la universidad, meses después, se solía difundir en secreto entre los estudiantes, tal era el tenso clima de falta de libertad que todavía se vivía por los años sesenta y cuatro en España. En las protestas universitarias se detenía a los alumnos y se les iniciaba expediente, se los expulsaba de los claustros, lo que implicaba desconocer sus años de estudio, negándoseles su documentación. Comprendí de cerca el riesgo que corría un poeta de la resistencia como Blas y el coraje que poseía para atreverse a burlar la censura: «misteriosas sandalias / abriéndose a las sombras del romero / y el laurel asesino».

En mis conversaciones con Aleixandre siempre asomaba Blas. Por Vicente supe que el poeta vasco había destruido todo un libro de poemas porque no ayudaba al hombre. Destruye un poema «si no ayuda, si no reconforta, si no espera», escribió. En el poema «A la inmensa mayoría», de su libro *Pido la paz y la palabra*, el mismo Blas ha registrado esta actitud suya: «Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre / aquel que amó, vivió, murió por dentro / y un buen día bajó a la calle: entonces / comprendió: y rompió todos sus versos // []». Aleixandre ha escrito una hermosa semblanza que aparece en *Los encuentros*, libro memorioso que me regaló y en donde anota: «este gran solitario es uno de los hombres con más vocación de comunidad que se haya dado entre los poetas de este tiempo».

Al fin, años después, cuando Blas había regresado de Cuba y yo volví a Madrid, dos jóvenes poetas desconocidos, Antonio Cillóniz y yo, nos armamos de valor y, con la ayuda gentil de Juana Martínez, colega de Sabina de la Cruz en la Complutense, hizo una gestión ante ella y pudimos visitar al poeta. Recuerdo que Blas habló poco. Ya Romualdo me había advertido: «Blas se mira los zapatos», por lo cual Sabina llenaba admirablemente los silencios. No fue larga la visita. Salimos muy emocionados. Esa tarde se había cumplido uno de mis sueños.

A la muerte del poeta le hicimos un homenaje en la página editorial que yo dirigía de un diario limeño. Alejandro Romualdo escribió un sentido artículo que tituló: «Blas de España, poeta mayor»: «Blas de Otero se perdía de pronto. Aparecía y desaparecía. Ahora que ha desaparecido para siempre, aparece su poesía más viva que nunca, continuando la rama donde cantaron Miguel Hernández y César Vallejo, rama crujiente que dejó caer sus hojas cristalinas porque durante todo un crudo invierno de terror nevó mucha sangre sobre el árbol de España. Poesía acorralada y erizada, replegada en sí misma como las olas, pero no ensimismada sino combativa, estallando encarnizada sobre las rocas tenebrosas. Poesía del asedio, crítica y críptica, como trabajo forzado por las circunstancias []».

Entre Blas y Romualdo existían semejanzas, en la conducta política y ética, tanto como en la poesía. Ambos tenían una vocación por la frase chispeante en medio de la conversación, salida que brillaba en el aire como una flor. Ambos trajeron nuevo oxígeno y nuevo sol a la poesía, apostaban por la esperanza y la alegría y la paz y la libertad. A Blas le dolía España, Romualdo sufría también por

«España, madre del dolor de todos», y por el Perú, « una mina en donde somos todos brutalmente explotados».

Se volvieron a encontrar en Cuba. Romualdo halló a Blas «totalmente emblanquecido. Se le habían venido encima los años como una gran nevada prematura». Fueron honestos en el compromiso, generosos y valerosos. Los dos batallaron empecinadamente porque la poesía llegara a todos. Ya no están. Blas escribía: «Me revienta el yo. Me interesan ellos», su rigurosa divisa, mientras resonaba la voz de Romualdo: « / quiero salir al son de una campana / que eche a volar olivos y palomas / y ponerme después a ver qué pasa / con tanto amor. Abrir una alborada / de paz, en paz con todos los mortales. / Y penetre el amor en las entrañas / del mundo. Y hágase la luz a mares».

Dos poetas comprometidos con su pueblo. Dos poetas vitales de estirpe castellana, como César Vallejo. A propósito, recordemos el estudio de Roberto Paoli rastreando las huellas de don Francisco de Quevedo y Villegas en *Poemas humanos*.

La poesía de Blas y la de Romualdo continuarán ardiendo sin que el tiempo pueda apagar su fuego.

BALADA DE LA VIDA Y LA MUERTE DE MAMÁ VICTORIA

1

Ataviada de aretes
y collares,
aparece, triunfal, Tía Victoria.
Ella pasa por los años
sin que se atreva a lastimarla el tiempo.
Por ella no pasan los años,
han aprendido a respetarla.
¡No podemos tardar,
nos espera con la mesa tendida!

Ella sabe que la llamamos madre
cuando le decimos ¡Tía Victoria!
¡Cuánta Victoria en una sola tía!

En un confín de duelos y quebrantos
qué dichosa se siente la familia
celebrando su única Victoria.

2

Nada.
Ni el asedio perverso de las sombras
pudo doblegar tu juventud,
incólume, permaneció tu rostro
que no pudieron mancillar los dedos
huesudos y amarillos de la muerte.

Permaneciste hermosa y sabia
hasta el final, en las horas difíciles,
después de haber cumplido un siglo,
que no es poco,
en este planeta que se deteriora.

Qué orfandad la del sillón vacío, la del pastel
humeando en la cocina, pálido.
Ya nunca más la mesa puesta
tendrá el mismo sabor
ni podrán curar los guisos el desgano del paladar.

Te ha de llorar la luna, tan lívida,
tan noche .
Te ha de llorar el mar.
Tu mar de Salaverry
que en agua dulce convertiste la sal amarga.
Qué manera de transformar en hijos
la marea de nietos, biznietos y sobrinos.
No se cómo pudo tanto amor caber en tu corazón.
En qué pecho ahora se acurrucará la pena,
qué vaso de agua calmará nuestra sed.
Con los ojos cerrados , desde tan lejos
amparándonos,
continuarás velando nuestros pasos,
colmándonos de buenas vibraciones la vida.
Más que Tía, fuiste Mamá Victoria.
Victoria de la armonía, Victoria de la belleza,
Victoria de la generosidad.

Fuiste para nosotros la salud, el aire, el sol,
sembraste bondades y semillas en tus masetas,
Madre Suero, Madre Oxígeno, Madre Transfusión
de energías en nuestros cuerpos débiles.
Mamá Victoria en todas las situaciones siempre.
Hasta que un día oscuro y frío
desairando la lentitud de Alerta Médica ,
te subiste al Tren que moraba en tus sueños
y enrumbaste a la Luz, vencedora de la muerte.

Arturo Corcuera

BLAS DE OTERO: ENCUENTROS EN SANTANDER

JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA SOTA

Leer a Blas de Otero, además de otras cosas, es embarcar con él en un gran viaje. No es casual que una de las secciones de su libro *Que trata de España* se titule “Geografía e historia”, ni que una de sus antologías más divulgadas, realizada por el poeta José Luis Cano, sea la titulada lacónicamente *País*.

El poeta se refiere a sí mismo, a menudo, como vagamundo. Blas de Otero Muñoz es el hombre que viaja, el hombre que camina convertido en un canto rodado, el hombre que no para de salir y de entrar, de entrar y de salir del portal de la casa de Alameda de Recalde:

“Un hombre” –nos lo cuenta en *Historias fingidas y verdaderas*- “recorre España, caminando o en tren, sale y entra en las aldeas, villas, ciudades, acodándose en el pretil de un puente, atravesando una espaciosa avenida, escuchando la escueta habla del labriego o el tráfigo inacorde de las plazas y calles populosas. (...)”

Ha porfiado contra la fe, la desidia y la falsedad, afincándose más y más en los años incontrovertibles, el esfuerzo renovado y la verdad sin juego. Ha leído hermosas y lamentables páginas, no ha perdonado ni olvidado porque apenas si recordaba, ha dejado que hablen la envidia sin causa y el odio sin pretexto, ha escrito unas pocas líneas ineludibles y ha arrojado el periódico a los perros.

Un hombre recorre su historia y la de su patria y las halló similares, difíciles de explicar y acaso tan sencilla la suya como el sol, que sale para todos.”

Cualquier excusa es buena para citar tres párrafos de un libro tan hermoso, tan incontrovertible y tan ineludible como *Historias fingidas y verdaderas*. Tres párrafos como estos en los que habla de sus viajes por las tierras de España.

Pero el poeta, además de patearse los campos de su país, recorrió medio mundo. Sin ir más lejos tuvo que volar hasta Cuba para escribir el libro que acabamos de citar. Y yéndose aún más lejos se fue a China, como él dijo, “para orientarse un poco.” Pero esta vez no toca hablar de China, ni siquiera de La Habana o Moscú. Esta vez vamos a recordar al poeta en su aniversario desde una fotografía tomada en Santander.

Es la fotografía que ilustra la tarjeta de invitación al día de Blas de Otero en Bidebarrieta. Un barco de pesca amarrado en Puerto Chico. Un barco quieto en

Santander en 1953 y en su cubierta, junto a los marineros, Blas y un grupo de amigos: el pintor José Barceló (justamente el que lleva gafas negras); el pintor, poeta y grabador Rafael Álvarez Ortega; el editor Pablo Beltrán de Heredia (que dos años después de hecha esta foto publicaría con Aurelio García Cantalapiedra *Pido la Paz y la palabra* y Manuel Arce, una especie de cónsul de la poesía en Santander y capitán de la famosa Isla de los Ratonés.

Esta es la foto y éste es el recuerdo de lo cerca que estuvieron Bilbao y Santander y lo lejos que, a veces, han estado. Ya han hablado Sabina de la Cruz y Juan José Lanz de Gerardo Diego, que es el padre de todos los puentes poéticos entre Bilbao y Santander, desde el temprano encuentro en 1912 con Juan Larrea en los pasillos de la Universidad de Deusto. Porque fueron precisamente ellos, Diego y Larrea, quienes formaron la primera pareja de la Generación del 27. Entre Bilbao y Santander, Juan y Gerardo irían muñendo acciones y propuestas, manifiestos, programas y revistas que darían lugar a la generación más exitosa de la lírica hispánica.

Pero en 1953 —el año de la foto— España poco o nada tenía que ver con el país en el que había surgido la generación del 27. Eran años difíciles dentro de una posguerra enconada. Los años de silencio novelados por Luis Martín-Santos.

Pues bien, ese barco amarrado en Puerto Chico se parece bastante al país en el que luchan por abrirse camino Blas de Otero, Manuel Arce y José Barceló, Pablo Beltrán de Heredia y Rafael Álvarez Ortega. Ese barco está anclado. Una especie de barco de piedra en el que lo único permitido es aburrirse y lo único posible “españahogarse.” Pero los poetas, por lo menos algunos poetas de Santander y de Bilbao, no están dispuestos a morir ahogados. Están dispuestos a salir a flote.

Un año antes, en 1952, Blas de Otero había decidido tomar aire en París. Y dos años después —ya lo hemos dicho— levantará la voz pidiendo la paz y la palabra desde Torrelavega. Blas de Otero es el mudo que habla. Un hombre silencioso que no calla ni debajo del agua, ni en la cubierta de ese barco amarrado que llamamos España.

En los años oscuros de la posguerra, la mejor luz poética había que buscarla en la provincia. El ejemplo de Santander es claro. El barco está amarrado, pero Manuel Arce lleva desde 1948 pilotando la revista poética *La isla de los ratones*. Los primeros ejemplares —impresos por los hermanos Joaquín y Gonzalo Bedia— nacieron en la mayor precariedad y algunos bautizaron la publicación como “*La isla de los erratones*”. Pero luego las cosas mejoraron, la revista se llenó de la mejor poesía (incluida la del cercano José Hierro y la de Blas de Otero) y en 1949 se inauguró una colección poética con el libro de Gabriel Celaya *Las cosas como son*.

En 1952 Manuel Arce ha fundado la librería y galería de arte Sur, uno de esos proyectos que asearían la vida cultural en la “espaciosa y triste cárcel” en que se había convertido el país. Dionisio Ridruejo, en una dedicatoria manuscrita, describió a Manuel Arce como “Poeta y ciudadano de la España aceptable.”

En 2010 Manuel Arce publicó sus memorias, *Los papeles de una vida recobrada*. Más de 1.400 páginas de historia cultural española. En el libro, entre otros muchos nombres de la cultura del pasado siglo, se habla de Blas de Otero. Arce recuerda el tiempo en el que Santander presumía de ser la Atenas del Norte. Eso también nos suena a los bilbainos, pero eso es otra historia. El caso es que Manuel Arce –igual que Blas de Otero con Bilbao– no es indulgente con su querida Santander y escribe que sus veranos de gente guapa, universidad internacional y festivales de música y teatro eran también “fachadas con que tapar una interminable posguerra de cárceles, silencios y cartillas de racionamiento.”

Santander, pese a todo, como sabían muy bien Blas de Otero y su grupo de amigos, era un punto de luz en el sobredorado (y en el fondo oscurísimo) panorama de la poesía española.

Santander y revistas históricas como Proel. Colecciones como la ya citada de Cantalapiedra, donde aparecerían, además de *Pido la paz y la palabra*, libros tan importantes como el *Metropolitano* de Carlos Barral o los *Conjurios* de Claudio Rodríguez. Y la revista Peña Labra, una de las más importantes de la segunda mitad del siglo XX, que en 1979 dedicaría un número monográfico a Blas de Otero. Y aventuras como las de El gato verde, de Alejandro Gago y Adolfo Castaño. Santander y la Colección Tito Hombre que hacían José Hierro y Aurelio García Cantalapiedra. Y la Colección Hordino, dirigida por Carlos Salomón. Y el gran Pío Murieras y su eterno dolor de carterera. Y las publicaciones de la Escuela de Altamira y las monografías de arte y las imprentas y las librerías y las galerías hasta llegar al mar. Al mar Cantábrico. Al mar de Puerto Chico en donde Blas de Otero y sus amigos se han sacado una fotografía en la cubierta de un barco amarrado.

Y, sin embargo, se mueve. El barco se movía aunque no se notase y Blas de Otero se había convertido en una especie de vagamundos internacional. Después del mar vinieron las ciudades. Y después vino Cuba y todo lo demás, desde el Neva nevado hasta Pekín. Y un buen día, veinte años después, el poeta regresó a Santander.

El escritor cántabro José Ramón Saiz Viadero conoció a Blas de Otero a finales de los años 60 y coincidió con él y con Sabina de la Cruz en Santander en los veranos de 1971, 72 y 73. El dictador seguía aún en El Pardo, pero el Santander de los años 70 no era el mismo que el frecuentado por aquellos amigos que se fotografiaron sobre la cubierta de un barco en Puerto Chico. Y, seguramente, tampoco Blas de Otero era el mismo.

Habían pasado demasiados kilómetros, demasiadas catástrofes para alcanzar la calma que envolvía al poeta en esos años. Saiz Viadero recuerda al poeta vasco junto a Sabina de la Cruz, profesora en las clases de español de la Universidad Menéndez Pelayo. Un poeta absorto frente al mar de la Magdalena y “su brisa sesgada.” Un poeta –dice Saiz Viadero– que “presta una atención distanciada a la mayor parte de lo que allí sucede.” Le interesan bastante más los árboles y el mar que los negocios de los profesores y de los escritores.

De aquellas estancias veraniegas en la Universidad santanderina dieron cuenta también, en un artículo publicado en la revista Peña Labra, Celia Valbuena y Benito Madariaga. En su “Elogio y recuerdo a Blas de Otero” escribían: “Nosotros le recordamos como un hombre de ojos claros y mirada triste, de pelo cano y con gafas que la deban un cierto aire profesoral. Hablaba poco, poquísimos, y sonreía con dulzura. Pero era aquella mirada triste de Blas de Otero, la que producía una sensación que no es fácil transmitir, mirada que contrastaba con su dulce sonrisa habitual.”

Madariaga y Valbuena recordaban también en su artículo las excursiones realizadas por Blas a Puente Riesgo, a Liérganes o a la Casona de José María de Cossío en Tudanca, la misma casa donde Rafael Alberti, inspirándose en versos de Juan Larrea, concibió los primeros poemas de *Sobre los ángeles* muchos años atrás, cuando todo parecía posible.

A pesar de las melancolías citadas en el artículo de Peña Labra, es seguro que a Blas le entusiasmaban estas excursiones montañosas.

También en Santander coincidió con el Nobel guatemalteco Miguel Ángel Asturias, y pudo hablar con él, por ejemplo, de China. Francamente, no creo que Blas de Otero pudiera hablar de China con demasiada gente en Santander, ni siquiera en España o Europa en los años 70. Los dos autores, en lugar de ponerse a charlar de teoría literaria u otros arduos asuntos, disfrutaron hablando de sus experiencias con la acupuntura o de aquella visita al dentista que tuvo que hacer Blas. Visita ineludible como la poesía del autor de *Ángel fieramente humano*. Blas le contaba a Asturias como el dentista chino, que le veía inquieto en el sillón de tortura, le dijo: “Camarada, hay que tener valor revolucionario.”

Pero lo que los dos, novelista y poeta habían tenido que soportar hasta el estoicismo era la censura política. Miguel Ángel Asturias había tenido que modificar hasta ocho veces su novela *Señor Presidente*, y cualquiera que haya visto los expedientes de censura de, por ejemplo, *Pido la paz y la palabra* (el libro que editó Cantalapiedra) podrá hacerse una idea del delirio censor del franquismo.

Vamos a ir terminando estas notas dispersas redactadas partiendo de esa foto tomada en Santander el mes de abril de 1953. Un buen viaje, si no en el espacio, sí en el tiempo. “El tiempo es largo, no tiene fin” –escribe Blas de Otero en sus *Historias fingidas y verdaderas*-. “Contra relojes, muerte, claudicaciones y otras cortaduras. Y son los días, cada uno de ellos y su sucesión impensada, quines imprimen su paso en el espíritu.” Vayan estos recuerdos santanderinos para reconocer el paso de aquellos días en el espíritu de nuestro poeta y sus amigos de hace 60 años.

PIDO LA PAZ Y LA PALABRA

IBON ARBAIZA

Escribo
 en defensa del reino
 del hombre y su justicia. Pido
 la paz
 y la palabra. He dicho
 “silencio”,
 “sombra”, “vacío”,
 etc.
 Digo
 “del hombre y su justicia”,
 “océano pacífico”,
 lo que me dejan.
 Pido
 la paz y la palabra.

Blas de Otero inspira este poema cuando piensa en el otro. Es mente ágil y vasco honrado. Lleva el poema pegado a la boca y algunos demonios metidos adentro. Así hace Blas, que baila a un verso y quiebra al siguiente, luego a otro y termina el último verso acordándose de la paz y la palabra.

De esta manera, uno de los poemas más hermosos que jamás se hayan escrito, surgió en 1955. Ocurrió en España, en la década de los 50, cuando lo del racionamiento, el concordato con la Santa Sede y el estraperlo.

Para no perder el juicio, hay que hacerse el cuadro, volver a aquella época. Reciente la guerra incivil, había durado tres años. La contienda que enfrentaba a los vecinos se había desatado en 1936. Más que la posterior guerra fría, ésta era guerra ardiente. La Unión Soviética, Alemania e Italia se calentaban en esta vieja piel de toro.

En plena guerra, las cosas no pintaban bien, y el hambre había abierto un boquete en las tripas de España. Tras la guerra, el boquete era socavón. La posguerra fue horrorosa. El enano del Ferrol sacudió a diestro y siniestro, más a siniestro, hasta terminar, casi hasta con su sombra.

Años después, en París, se fragó *Pido la paz y la palabra*, desde su nueva fe en el género humano, el verso se había convertido en una herramienta para tratar de cambiar el mundo. Así lo dejó escrito Mahatma Gandhi, al que Blas admiraba tanto, *No hay camino para la paz, la paz es el camino.*

En mayo de 1955 sale al público la antología *Veinte poeta españoles*, de Rafael Millán, donde se incluyen ocho poemas aún inéditos de Blas de Otero, entre ellos, *Pido la paz y la palabra*. En diciembre será la primera edición en libro. No hay variantes al texto, sólo la tipografía empleada. En copias mecanografiadas el poeta señala que debe ir en cursiva.

Sobre la fórmula usada para pedir la palabra en una reunión, se elabora el primer verso, que pasará a ser el título de todo un libro, *Pido la paz y la palabra*. Hay seguidamente una ruptura de una frase también formularia de las acciones guerreras de los libros de Historia: “salir en defensa del reino”, que el poeta hace descender del lugar de las grandilocuentes palabras vacías para instalarla en la realidad de,

“en defensa del reino
del hombre y su justicia”.

En dos versos hace un examen de cuanto ha escrito el hombre que fue,

“He dicho
silencio,
sombra, vacío”.

palabras desechadas de su vocabulario nuevo y reemplazadas por las que se refieren al bienestar del hombre en el mundo: “justicia” y “paz”, que traslada metafóricamente a “océano pacífico”.

Hay también una denuncia al sistema inquisitorial que pesa sobre el escritor,

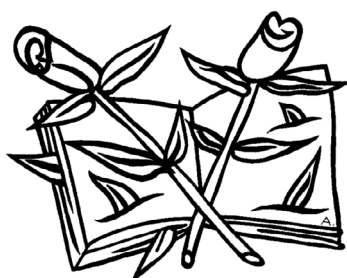
“ digo...lo que me dejan”.

Blas de Otero pidió la paz y la palabra, nosotros pedimos la paz y la palabra y, desgraciadamente, se seguirá pidiendo la paz y la palabra.

Ójala nos equivoquemos.

Texto: Ibón Arbaiza, sociólogo y cuasi-filólogo, director de la Fundación Blas de Otero.

ESCRIBIENDO



EN

DIAGONAL

SOBRE MATERIA PREDILECTA, DE MIGUEL SÁNCHEZ ROBLES (XXIV PREMIO DE POESÍA «BLAS DE OTERO»)

JOSÉ LUIS MORALES

SR. ALCALDE,
SRAS. Y SRES. CONCEJALES,
MIEMBROS DEL JURADO,
QUERIDOS AMIGOS:

Un certamen internacional de poesía que cumple un cuarto de siglo de convocatorias ininterrumpidas, no es para tomarlo a la ligera. Y mucho menos, si quien le da nombre es uno de los poetas españoles contemporáneos de mayor proyección universal en el ámbito de la lengua castellana. Por eso el premio de poesía Blas de Otero, que cada año convoca, entrega y publica la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Majadahonda, es uno de esos referentes españoles de calidad literaria, que casi todos los poetas que escriben en la lengua de Cervantes aspiran a tener en su currículum bibliográfico. Y por eso, el jurado suele verse obligado a deliberar largamente cada vez que se reúne para fallarlo. Eso ocurrió también este año, con unas cuantas obras magníficas pugnando por ser la elegida.

Desde su origen, a final de los años ochenta —Sabina de la Cruz, Olimpiades Rivera y yo mismo lo recordamos bien— el premio Blas de Otero ha tratado de distinguir a poetas cuya obra aportase un soplo de aire fresco sobre el panorama literario nacional: por su originalidad formal, temática, o estructural. De ahí que en su nómina de ganadores figuren nombres de todos los rincones de la geografía española y de algún país de la América hispana. Hombres y mujeres de distintas escuelas y tendencias, con sus particulares y diversas sensibilidades poéticas, plasmadas en libros de muy distinto corte, a los que han acabado uniendo dos hechos indiscutibles: la calidad de sus versos y el haber sido galardonados con el premio Blas de Otero, verdadero certificado de excelencia.

De la observación atenta de esta ya larga nómina poética, pueden destacarse varios hechos relevantes. El que más me interesa resaltar hoy, además de la dispersión geográfica ya señalada, es la diversidad generacional de sus autores. La constante apuesta del jurado por la frescura y la calidad de las obras galardonadas, ha permitido tanto descubrir y avalar voces nuevas para la poesía española, (autores que no llegaban a los cuarenta años al ser premiados, como José Luis Gómez Toré, Ramón García Mateos, o yo mismo, e incluso a los treinta, como el mallorquín Pedro Andreu), así como servir de espaldarazo y reconocimiento

a autores hechos y derechos, cuyo nombre y obra estaba en boca de los lectores avisados (hablo del andaluz Joaquín Márquez, del uruguayo Rafael Curtoisie o del alcarreño de adopción Francisco García Marquina) ya antes de que el premio Blas de Otero viniese a confirmar de nuevo la calidad de su lírica. Este es el caso de Miguel Sánchez Robles y de su libro *Materia predilecta* que hoy presentamos.

Porque Miguel Sánchez Robles es autor de una importante obra narrativa, jalonada también por premios tan sonoros como el Camilo José Cela, el Julio Cortázar o el Ignacio Aldecoa, en la que destacan títulos como *Tantos ángeles rotos* o *La soledad de los gregarios*, entre sus libros de relatos, y las novelas *La tristeza del barro*, *Donde empieza la nada* o *Corazones de cordero*, publicada en 2012. De su ya extensa obra poética se me ocurre destacar alguna de sus últimas entregas, por ejemplo *Palabras para un tiempo sin respuesta* (1999), *La vida que nos vive* (2010), *Instrucciones para reiniciar un cerebro* (2011), o *Treinta maneras de mirar la lluvia* (2012).

Miguel Sánchez Robles es murciano, como Carmen Conde, a quien esta casa dedicó un libro homenaje en 1996, aunque no nació mirando el mar de Cartagena, sino las montañas de Caravaca en 1957. Caravaca de la Cruz es uno de los más hermosos rincones del sudeste español, con sus espectaculares paisajes de montaña en los que brotan fuentes rumorosas y se puede pasear bajo encinas centenarias, o su casco histórico monumental, con alcázar y basílica, y su particular manera de decir un castellano de acento y dejes mediterráneos. Caravaca de la Cruz, patria de Miguel Sánchez Robles, es un pueblo con una enorme personalidad, como el poeta que hoy lo representa.

Miguel Sánchez Robles es profesor, igual que tantos poetas contemporáneos, pero con una salvedad: es catedrático de Geografía e Historia, no de Literatura. Por tanto un poeta no filólogo —que son muchos menos—, es decir, alguien nacido a la poesía desde la vida y sus emociones, no desde la erudición lingüística; desde la necesidad de comunicar anhelos, sueños y experiencias, tal vez alegría, tal vez amargura, melancolía o desasosiego; no desde la mera alquimia de la lengua. Un poeta que usa la palabra para decir, para reflexionar, para conectar con el otro, no para jugar al juego del hermetismo y las ocultaciones. Un poeta culto, sí, pero no culturalista ni veneciano; un poeta que ha estudiado la retórica clásica y la retórica contemporánea, a fin de poder desnudar su verso de ellas, dejándolo raso y sin afeites, en la dura orfandad de la página en blanco, para no correr el riesgo de engañarse ni engañarnos. Os pongo un ejemplo:

(CREPÚSCULO)

Bajo el sol de diciembre
ha dejado la lluvia
esta dulce tristeza de las calles.
Perros sin ningún dueño
beben el agua quieta de los charcos
y me gusta la luz después de haber llovido.
Esta luz de las tardes
veinte minutos antes del crepúsculo,
sentado en la terraza de los bares
o en las plazas antiguas con estatuas.

Como veis, Sánchez Robles se vale de algunos procedimientos retóricos bastante infrecuentes en la lírica última: la enunciación denotativa yuxtapuesta, la desagregación del símbolo a favor de una ambientación significativa, o la posición casi de mero observador del yo lírico, junto a un ritmo de silva sosegada. En definitiva, recursos técnicos facilitadores, no efectistas, que este tipo de poesía agradece y de los que el autor dispone con innegable solvencia.

Tal vez la lluvia misma haya lavado estos versos hasta dejarlos tan limpios y desnudos como acabáis de escuchar. Es el milagro de la transparencia que se esconde en la lírica de Miguel Sánchez Robles. Esa necesidad de emplear sólo las palabras justas, seleccionadas entre las voces claras del idioma; esa querencia hacia la comunicación con el lector, que le hace huir de indagaciones herméticas y símbolos visionarios.

Y, sin embargo, el poeta es y ha de ser, lo confiese o no, un trabajador de la palabra: orfebre, forjador o diletante, esa es elección de cada uno, pero siempre, inevitablemente, alarife de cuya habilidad y maestría dependerán sus construcciones lingüísticas, y la mayor o menor elegancia y firmeza de sus edificios semánticos.

Por eso *Materia predilecta* es un libro donde la palabra ocupa un papel doblemente protagonista. No solo porque sea la piedra que lo construye y lo sustenta, naturalmente, sino porque la mitad más uno de los poemas que lo integran —28 de 55 concretamente— llevan en su título la voz «palabra». Por ejemplo: «La palabra saliva», «La palabra ahora», «La palabra sutura», «La palabra nunca», «La palabra cuando»... etc. En consecuencia, es fácil deducir la importancia —y en este libro se hace evidencia— que su perfil de sombra, su levedad de aire, su apariencia de tinta o de impulso bioeléctrico, tienen para el poeta. Son, evidentemente, su *materia predilecta*.

Sin embargo, este libro no es una reflexión metapoética o metalingüística continuada; en sus páginas, la palabra no es entelequia, es carne, víscera, hueso: se toca, se escucha, se saborea, se la siente palpitar o sosegarse: es pura presencia, es piedra y es luz.

Escuchad, por ejemplo, lo que para Miguel Sánchez Robles es «La palabra belleza»:

La belleza
es esa cosa terrible
que todavía podemos soportar.

Amo esos poemas que,
al leerlos,
notas que llueve un poco en tu interior.

La lluvia, ese símbolo del que tanto partido ha sacado el autor a lo largo de su obra, es aquí la emoción, la mutabilidad, la ternura, la vida. No sólo porque la vida exija mojarse en los ríos del tiempo, sino porque el agua es la pureza líquida de la transparencia.

Pero detengámonos un momento, miremos a nuestro alrededor, desde la controversia académica que dominó el siglo pasado entre la poesía como *comunicación* (véanse Otero, Hierro, Ángel González) o la poesía como *conocimiento* (Bousoño, Valente, Colinas), entre el texto como vehículo (Cernuda, García Montero) o como objeto (Gimferrer, De Villena), por escenificarlo todo en tres brochazos, los poetas que declaraban «la palabra» como «materia predilecta» enfocaban sus afanes hacia la poesía como conocimiento y el texto como realidad cerrada, como objeto, llegando en los últimos años a callejones con tan poca salida como la llamada «poesía del silencio» o «del fragmento». Era, tal vez, porque la palabra venía investigada en lo que tiene de forma, de significante, de inter-conector, de trócola epistemológica, como diría el gran lector —y secreto autor— de poesía que fue Francisco Umbral.

Sin embargo, y en eso reside parte de la profunda originalidad de una poesía como la de Miguel Sánchez Robles, la preocupación de nuestro autor no revolotea por el perímetro de cada nombre, de cada verbo o de cada adjetivo, como una polilla nocturna atraída por su resplandor, sino que bucea en su esencia semántica, raíz de su existencia. Dicho con la ligereza que la ocasión recomienda, a Miguel Sánchez Robles le importan los significados, no sólo la música o el fulgor simbólico de la palabra. Cuando Miguel escribe «La palabra humano», «la palabra mundo» o «la palabra fuga», no anda merodeando alrededor de sus signos doblemente articulados, sino que se ha lanzado a las profundas aguas de su sentido vital, aquello que «humano, mundo o fuga» traen o aportan a su memoria, a su experiencia. Porque en este libro de Miguel Sánchez Robles no se juega ni se experimenta con la palabra, se vive y se muere con ella, se respira y se jadea con ella, se explica y se comprende la vida con ellas.

Y es que hacer poesía, para un escritor tan polifacético, para un autor de tan extenso y hondo recorrido como Miguel Sánchez Robles, es tratar siempre de desentrañar la vida, insistir en explicarse y explicarnos por qué el tiempo que nos acoge es el mismo que nos destruye y por qué la melancolía es la trastienda íntima del corazón humano, la expresión silenciosa de su sabiduría. Todo lo que se dice en *Materia predilecta* ha sido vivido y padecido antes por el corazón del poeta. No hay fuegos de artificio en ninguna de sus páginas, su conjunto es el crisol de una experiencia real, y cada poema el precipitado que queda en el fondo del matraz, donde han reaccionado —con la infancia al fondo— un corazón, una inteligencia y un tiempo, el nuestro, al que no en vano han llamado posmodernidad.

Y como no quiero pisarle a Miguel ningún otro poema de los que tal vez tenga previsto leernos ahora después, voy a cerrar mis palabras con las que él da las claves de uno de sus últimos libros, *Instrucciones para reiniciar un cerebro*, que leí en Soria hace tiempo y he vuelto a repasar hace unos días:

Vinimos a la vida para que algo doliera de verdad
y estos poemas son mis habitaciones de existir,
son lo que ya no somos cuando todos se marchan
y sentimos por dentro cómo todo se acaba,
cómo todo nos duele tibiamente [...],
y escribimos entonces devolviendo a la vida el daño que nos hace,
hasta hacérsenos sangre la alegría.

Enhorabuena, Miguel, por este merecidísimo *Blas de Otero*, y buenas noches
a todos.

Muchas gracias.

Majadahonda, octubre 2013

LOS GUIPUZCOANOS JON OBESO Y UNAI BAZTARRIKA, GANADORES DEL SEXTO PREMIO DE POESÍA BLAS DE OTERO-VILLA DE BILBAO

La sexta edición del Premio de Poesía Blas de Otero - Villa de Bilbao (año 2013) recayó por unanimidad en la obra *“Invención de la piel”* del escritor donostiarra Jon Obeso Ruiz de Gordoia. En la modalidad de euskera, el premio fue para el poemario *“Arrakalak”* de Unai Baztarrika Otegi.

El certamen internacional de poesía recibió un total de 443 trabajos en castellano y 17 obras en euskera, que suponen un récord de obras presentadas en esta lengua hasta ahora.

El jurado del certamen internacional destacó “la notable calidad de los textos seleccionados para optar al premio”, así como “la diversidad de temáticas y estilos poéticos”.

Seis años después de su primera convocatoria, el galardón que recuerda a Blas de Otero en su ciudad natal se ha convertido en un certamen consolidado dentro del panorama literario y en un premio reconocido por su independencia.

La entrega del premio tuvo lugar en el salón árabe del Ayuntamiento de Bilbao el pasado mes de diciembre, con la presencia del alcalde Iñaki Azkuna; Ibone Bengoetxea, concejala de Cultura y Educación y presidenta del jurado; Sabina de la Cruz, Presidenta de la Fundación Blas de Otero y

viuda del poeta a cuya memoria está dedicado el premio literario, y resto de miembros del tribunal.

Jon Obeso Ruiz de Gordoia es licenciado en Filosofía y Diplomado en Psicología por la Universidad del País Vasco, autor de las novelas *“Alimento para moscas”* (XVII Premio Lengua de Trapo, 2012 y finalista de los Premios Literarios de Euskadi 2013) y *“Las edades del agua”* (Finalista Premio Ciudad Ducal de Loeches, 2006. Ediciones Irreverentes, 2007). Con el relato *“La pensión”* (Birmingham, 2003), mereció el primer premio del IV Certamen “Luis Mateo Díez” de Villablino.

También ha publicado los libros de poemas *“Compañía”* (Premio Villa de Pasaia, 1995), *“La mirada del acuario”* (Premio Iparraguirre, 1998), *“To Kenón”* (Premio Villa de Pasaia, 1999), todos ellos publicados por la editorial Birmingham. Es también autor de la guía turística *“Donostia-san Sebastián recuerda”*, colaborador del suplemento cultural *Pérgola* del periódico *Bilbao* y autor del blog Poéticas de Ixil (Poéticas de autores vascos en castellano), considerado uno de los mejores blogs nacionales de crítica literaria por la Revista de Letras.

En la modalidad de lengua vasca, el jurado integrado por las escritoras Miren Agur Meabe y Castillo Suárez,



además del escritor y crítico literario Jon Kortazar, ha premiado el libro “*Arrakalak*”, de Unai Baztarrika Otegi (Beasain, 1982), ingeniero informático por la Universidad de Mondragón. Después de varios años alejado de la escritura, Unai Baztarrika se reencontró con su afición por medio de la Idazle Eskola de la UNED de Bergara. En sus tiempos de estudiante de bachillerato obtuvo los premios Azkue y Urruzuno. No ha publicado nunca un libro y será con este premio cuando se le presente la oportunidad de hacerlo por primera vez.

El Premio Blas de Otero – Villa de Bilbao fue instituido en 2008 por el Área de Cultura y educación del Ayuntamiento de Bilbao en colaboración con la Fundación Blas de Otero que gestiona el legado del poeta bilbaíno. El certamen tiene como objetivo fomentar la creación literaria y acercar a los vecinos de la capital vizcaína la figura de uno de sus más destacados autores. Está dotado con 6.600 € en cada una de las dos modalidades, castellano y euskera.



V CONCURSO DE FOTOGRAFÍA “IMÁGENES PARA UNOS VERSOS”

La Fundación Blas de Otero ha acordado conceder a **Alfonso Jiménez** el primer premio de la quinta edición del concurso de fotografía “*Imágenes para unos versos*”, que tiene como objetivo dar a conocer la poesía del genial autor bilbaíno, del que el próximo año se cumplirán 99 años de su nacimiento.

El jurado integrado entre otros expertos, por el poeta José Fernández de la Sota (Premio Euskadi de Literatura 1998 y 2010) y el fotógrafo Richard Bilbao, ha concedido el primer premio al jienense, gran aficionado a la fotografía, que presentó una instantánea inspirada en un fragmento de la prosa “*Historia (casi) de mi vida*”.

Este año y tras la publicación de la *Obra Completa*, ha sido una parte

de dicho libro, inédito hasta ahora, “*Historia (casi) de mi vida*”, la que ha servido de punto de partida para la realización de las fotografías. El certamen ha recibido un total de **150 instantáneas**, en las que los participantes han conectado a través de la fotografía su mirada del mundo con la prosa de Blas de Otero para dotarles de una nueva actualidad y perspectiva.

JÓVENES

En la categoría de jóvenes, hasta 20 años, el ganador ha sido **Jose Mari Villa, vecino de Galdakao**, con una fotografía inspirada en el mismo texto. En esta categoría se han recibido 55 fotografías.

Más información en:
www.fundacionblasdeotero.org



Ganador: Alfonso Jiménez

Historia (casi) de mi vida



MENORES DE 20 AÑOS



Ganador: Jose Mari Villa
Historia (casi) de mi vida



Blas de Otero

fundazioa fundación